

LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

AL PÚBLICO.

Difícil seria esponer detalladamente los motivos que dieron lugar á no salir el primer número de LA CARIDAD cuando estaba dispuesto, y mas que difícil, disgustoso.

Si el público fuese un solo individuo y nos hubiera podido seguir en las infinitas diligencias que tuvimos que practicar durante la última semana del mes de Agosto, semana memorable para nosotros; si el público hubiera podido acompañarnos en la imprenta día y noche sin descanso, y últimamente, si el público hubiese podido estar en nuestro interior la noche del sábado y la madrugada del domingo, seguramente hubiera quedado satisfecho sin mas explicacion.

A nadie queremos culpar de la falta, pero tampoco queremos pasar como culpados.

Eran las cinco de la tarde del sábado 31 del pasado, y quedaban que vencer obstáculos grandísimos. Sin embargo el primer número estaba anunciado para el inmediato domingo y el número estuvo listo; pero compuesto precipitadamente, sin correcciones y de tal modo, que preferimos no darlo al público, logrando tan solo poderlo enviar á la Comision de Señoras y Señoritas con una esquila impresa, que por ser día festivo nos costó mucho trabajo efectuar. A la estremada amabilidad de esta Comision confiábamos nuestra disculpa.

Así las cosas, nos ocupamos sin descanso en reproducir el primer número á fin de poderlo repartir á mediados de semana; pero ni aun esto fué posible porque hubo que cambiar de imprenta, hacer nuevos contratos y practicar tantas y tan poco gratas diligencias que solo recordarlas ofende.

Confesamos que viendonos al término de nuestro camino, tan felizmente recorrido, con la aglomeracion momentánea de estos inconvenientes, no por parte nuestra, vacilamos un instante sobre el pedestal que nos sostenia, pero este era la caridad y por ella no solo lo arrostramos todo, sino, que hasta nos reconvénimos de haber vacilado.

El público nos ha hecho justicia:

Sin nosotros haberle comunicado el motivo de la suspension, adivinó que la falta no era nuestra, y lejos de estacionarse la suscripcion ha ido constantemente en aumento.

El público fiaba en nosotros y de seguro no quedarán defraudadas sus esperanzas.

Incansable sigue su mision piadosa la Comision de fomento; este proceder honra sobremanera á nuestras malagueñas.

El pensamiento del SEMANARIO ha tenido igualmente buena suerte entre un gran número de literatos de fuera y dentro de Málaga, cuyos nombres serán á no dudar nuestra mejor garantia para con el público que tanto nos favorece.

Tal es la verdad de los hechos que estamos en el deber de publicar.

LOS FUNDADORES.

Segun ofrecimos en nuestro primer número, logramos insertar á continuacion el escrito del Sr. D. Juan Car] cia y Guerra, sobre el cual nos atrevemos á llamar la atencion del público, y muy particularmente de la digna Comision de Señoras y Señoritas, á quienes principalmente se dirige.

La Divina Providencia proporciona siempre al mal la medicina. Por tanto nos presenta á la juventud de esta populosa ca-

pital publicando desde el primero del próximo Setiembre el periódico semanal, cuyo título es LA CARIDAD.

Felicitemos, pues, á Málaga, y su Provincia, las cuales reconocerán como digno de veneracion el impulso de esta empresa, si atendemos á las circunstancias, críticas sobre toda espresion, en que se encuentra la sociedad de nuestro país.

Un nombre santificado por consagracion esclusivamente divina, se levanta aquí entre las publicaciones de la prensa; y las miras del periódico no han de ser otras que encaminar por via esclarecida cuanto sirve para vano engreimiento del orgullo y para la relajacion de las costumbres.

Con caracteres divinos está escrito que la Caridad es el vínculo de la perfeccion. Principio vivificante que engendra, fin inmarcesible que corona todo sentimiento sobrehumano, todo sacrificio de consagracion reciproca entre Dios y el hombre identificados en Jesucristo. Es la caridad oceano sin límites de verdad y de amor, de donde se derivan y á donde, sobre el curso de los tiempos, vuelven todas las virtudes.

¿Y no es la muger religiosa, en lo mas íntimo de la sociedad, en el sagrado del hogar doméstico, la que está ungida por Dios para dirigir hácia el cielo el corazon del hombre que ha nacido del suyo?

Por último, la juventud de ese mismo sexo ¿no necesita, por su mayor grado de sensibilidad, escudarse contra las funestas centellas de la concupiscencia? Pues solo la Religion hace salva á la inocente juventud cual á la incauta paloma, de los tiros venenosos de la seduccion, cuya mortífera amargura tiene luego muy en breve que llorar. Consagrándose desde los primeros años á las dulces prácticas de la devocion y de la beneficencia, es como conservará la angélica inocencia de la infancia hasta mas allá del turbulento golfo de la juventud.

No, no renunciéis á la vida venturosa de la fé cristiana; porque el último castigo de la irreligion en este mundo es desear luego la fé, sin poderla conseguir. Apartaos de la pendiente resbaladiza de espectáculos y costumbres que embriagan con mentido encanto para precipitaros en un abismo de males,

aun en esta vida, que pasa como una sombra fugaz.

Partiendo de aquellos puntos cardinales, sagrado es el deber que tiene el Ministerio Eclesiástico de recomendar á las distinguidas Señoras y á las Jóvenes de la Comision encargadas de propagar el naciente periódico, que no omitan su plausible solicitud para que se vea secundada la augusta enseña, para que sean cumplidos con celeste bendicion los fines del periódico que tanto esplendor dará á Málaga, titulándose LA CARIDAD.

P. S. E. I. en Santa visita.

Dr. Juan Garcia y Guerra,
Canónigo Secretario.

LA MUERTE DEL CATÓLICO.

FRAGMENTO.

I.

Habíanse cerrado aquella mañana los párpados del cielo y su pupila azul se escondía para descansar. Una nube inmensa desdoblaba su manto color de plomo en la region del aire y bandadas de nubecillas acudían con las alas abiertas, cual acuden los hijos del cuervo, si los convoca el grito discordante de su padre. El día estaba tristísimo. Ola mas oscura nunca atravesó los mares del Tiempo, ni fué con tanto desmayo á dejar un grano de arena en las interminables orillas de lo pasado. Oprimía la cargazon de la atmósfera; Mediterráneo se callaba, lamiendo los pies de Andalucía; atemorizado el viento, aguantaba la respiracion; poníase el ave precavida al amparo de la rama y el labrador al amparo del techo; acongojábese el girasol sin su amante; dolíase el riachuelo entre las adelfas y Málaga, tendida como un cisne en la playa, reclinaba soñolienta su cuello en el regazo de Gibralfaro.

Triste parecia la vega, apesar de su vestido verde con lunares blancos, triste el valle, triste el rio y triste la colina, canéfora agreste que suele llevar en la cabeza como un canastillo con flores la morada del hombre y sus jardines. Sin embargo esa tristeza en vez de alejar, atraía, en vez de afligir, arrobaba; porque era la tristeza del recogimiento, madre del rezo ó del estudio, arcano para la inteligencia, deleite para el corazon, llama ahogada que acaba por estallar en un himno al



creador ó en un beneficio á la criatura, vaga precursora de las meditaciones santas ó útiles, que suben al cielo un perfume ó dejan en la tierra una semilla.

Estábamos en abril. Naturaleza que se había dormido crisálida en el invierno, despertaba ya mariposa y, si bien aquella mañana no la engalanó la primavera con el velo de las virgenes, cautivaba el doble, por el estilo de una viuda joven y hermosa que recata su donaire bajo el honesto traje de luto.

A legua y media de la ciudad, había una casita oculta en la cañada de dos montecillos iguales, como un guardapelo entre los redondos pechos de una doncella enamorada. Las cepas de ambos declives arrastraban fatigosamente sus brazos cargados de pámpano y se cogían por la mano; las pencas de la opuncia se iban encaramando unas en hombros de otras para registrar mas horizonte; las pitas, de cuyo centro sale, cargado de mecheros como el candelabro de las tinieblas, el vástago parricida, recogían entre sus hojas acaneladas el llanto de azahar que derramaban los naranjos, y el árbol de la melancolía, el ciprés meditabundo, ese poeta de la vegetación, fiel centinela del sepulcro, erguía su copa piramidal, no lejos de la palmera, hija lujuriosa y desmelenada de los trópicos, que se dobla para aspirar el aliento generativo de su amante.

Apenas se oía un ruido ¿Estaban por ventura consumándose en lugar tan ameno y deleitable las bodas de la vida y el sosiego?

Ni el mugido que el toro salvaje intenta en vano modular cuando corteja á su compañera, ni el susurro de la abeja que vuela en torno de las flores, requiriéndolas de amor para que le den su jugo, ni la voz robusta del esposo, ni el acento eufónico de la mujer, ni la risa con que el niño festeja su inocencia, ni el suspiro con que el mozo lamenta su extravío, ni el grito, ni el canto, ni el lloro alteraban la magestad imponente del silencio que es el habla del misterio y el hermano de la meditación. La casa estaba muda, como una lancha sin barquero abandonada á la corriente caudalosa de la floresta. No subía desde el valle á las cumbres sino el murmullo de un chorro de agua que manaba por entre campanillas celestes y, saltando fuera del pilón, corría por los bancales de la huerta.

Una hermosísima parra que alzaban delante del umbral corpulentos pilares de ladrillo, era el pórtico risueño de aquel templo solitario. En las siestas abrasadoras de junio, cuando el polvo, aliento seco del verano, daba vejez prematura á la yerba, cuando la sed ajaba los labios del manantial y el calor enrojecía las mejillas del monte, la vid casera fiel amiga de las habitaciones humildes, mediaba entre el sol y el hombre, quebraba en sus hojas los rayos de fuego, oponía al cielo ardiente, azul é infinito, otro cielo verde, fresco y limitado, enamoraba á la brisa y la detenía entre sus racimos, para que luego, á la

caída de la tarde, el padre de familia, sentado bajo su rústico dosel, disfrutase una sombra apacible, recreándose en la maravillosa variedad del campo, mientras que el sol incendiaba con sus últimos reflejos la curva del mar tranquilo, doraba la vela del buque y teñía de color de naranja las orlas de las nubes blanquecinas, como si fuesen moribundas brasas, cuya ceniza remueve el viento.

También la parra daba en el día de que habíamos señales de quebranto y sus retallos, codicia del cabritillo vivo de génio que disputa á los insectos de Virgilio los brotes olorosos de la alhucema y las florecillas rosáceas de los espinos de la linde, se caían faltos de fuerza y se agachaban hasta el suelo para preguntar á la Isis escondida de los alrededores el secreto del general desfallecimiento.

Medroso es el silencio en la llanura, cuando Véspero cierra los palacios de Oriente y el ángel del crepúsculo se asoma con la lámpara de la noche en la mano y rocía por el firmamento las estrellas de su falda. Solemne es la soledad en la ribera, cuando el faro, ese cíclope de la costa, morador callado y despierto de la playa, mira con su gran ojo luminoso á la negra embarcación que pasa por delante de él y se confunde en la oscuridad; pero á las altas horas de la mañana, en el seno de la luz que es el recreo de la vida, enfrente de la naturaleza que continuaba sin alborotarse la eterna série de sus transformaciones, en aquel vallecillo, apacible como una ermita y perfumado como una cuna, aparecía la soledad tanto mas solemne cuanto menos medroso era el silencio.

¿Quién no ha disfrutado nunca de la quietud inefable que enjendran la ausencia del sonido y la ausencia del hombre? Creeríase que los sentidos nos transmiten el mundo exterior sin el auxilio de los órganos. La atención es cien veces doble; la percepción esquisita. La imaginativa reproduce y combina; pero de una manera vaga sin la conciencia de las funciones que ejerce. Ni se juzga, ni se infiere: se siente y el sentimiento todo lo absorbe. Es el eco del silencio, el centro de la circulación universal, el foco donde se reúnen los rayos convergentes.

En medio de la soledad y del silencio, ¿quien ha tenido la desgracia de no anegarse en ese estupor dulcísimo, privación de la personalidad, enajenamiento indefinible, mil veces superior á los decantados goces de la carne? ¿qué perfume no se ha evaporado? ¿qué alma no se ha salido fuera del vaso, para ondear en la atmósfera, atravesar tendida en la nube el arco del horizonte, posarse como los pájaros en los mástiles, adormecerse al pié de un árbol en las urnas del musgo ó presenciar en brazos del sol el movimiento de las esferas?

II.

Dentro del humilde edificio, cuyas galas se

reducian al aseo y á la compostura, en el fondo de aquella copa hasta por cima de la cual trepaban la irascible balsamina y la pasionaria religiosa, entre los manteles del tabernáculo escondido, en el perigono de la azucena del valle, se estaba un hombre aparejando á bien morir.

Compendiábase en una palabra toda su historia: el amor divino, manjar de fuego cuyas delicias enardecen al justo, ala invisible que le sube hacia las regiones de la promesa, trono levantado en hombros de las Potestades para que contemple á Dios, le adore y se consuma en el eterno relámpago de su mirada; el amor de la familia planta aromática, cuyo zumo bebe la prole en los lábios del padre y el de la naturaleza que tiene su origen en lo pasado y su mantenimiento en lo porvenir, que es realidad y anhelo, gratitud y esperanza, cabian en el pecho del labrador y despedían un perfume extraño y regalado, como si fuesen la reunion de varias flores, una armonía dulce y nueva, como el canto simultáneo de diversos pájaros.

Sencillas tenían que ser las manifestaciones de estos purísimos sentimientos: la plegaria para Dios, la caricia para la prole, para el campo la labor; así es que la integridad de su índole y el poco artificio de sus costumbres, levantaban el alma del labriego á tal altura que no cabe mas en la flaqueza humana, sino en la sustancia angélica.

Una semana antes, era el procreador fogoso que trabajaba de continuo las entrañas de la tierra y generaba en ellas sin debilitarse nunca, ó quien sabe si el arca donde se iba atesorando la quinta esencia de la vida que exuberaba en torno suyo. Los músculos sujetos á la voluntad, desarrollados por el ejercicio constante que les proporcionaba el vigoroso Epeyo del trabajo, robustecían su cuerpo y daban á sus miembros las formas nobles y abultadas del atleta Homérico; pero ocho dias despues, cuando nuestros pasos dieron habla al eco soñoliento, cuando preguntó nuestra mirada por el sacerdote del esfuerzo, por el vencedor del obstáculo, por el que compartía con el sol, con la lluvia y con el poder vegetativo de aquellos lugares la incansable tarea de su modificacion, ya no le vimos lozanearse en la huerta, ni discurrir entre las dos filas de cipreses, formados como guardia de honor á lo largo del camino, en cuyas orillas se apiñaba un pueblo de arbustos, anheloso por ver pasar á su monarca.

Nuestros dedos, sacrílegos quizá, apartaron la rama que encubría el nido de los amores y la mirra del sentimiento llovió de nuestros ojos.

Habia tenido que recojerse el pájaro enfermo á la celda, cuyos materiales arrimó en los dias festivos que siguieron á sus desposorios. Estaba allí, aleteando contra el resalto del nido, á la vista de sus hijuelos, junto al remate del suave plumoncillo en que dormían, al lado de Progne que velaba, muda, inmóvil, con la pupila fija, con el rostro contraído, padeciendo como esposa,

cavilando como madre, sumergida en el dolor de hoy, acuitada por la imagen de mañana.

A la hora de las ninfas, á esa hora deliciosa en que un pájaro diligente brincando de álamo en álamo despierta á los vegetales que aspiran el aliento purificador, á esa hora en que hasta el mineral se conmoviera si llegase á escuchar desde su cárcel de piedra el canto de la alondra que baila y gorgoea frente á frente de las nubes embelesadas; mientras que los niños bendecían á Dios y se lavaban las golondrinas en la fuente, un ángel pálido, bellissimo, orlada de siemprevivas su copiosa cabellera, vestido con túnica de luto y peplo sembrado de lágrimas de plata, en torno de cuya frente revoloteaban negras mariposas, que llevaba en sus manos la tea amortiguada de la vida y la falce de oro de las Druidesas, se aproximó al lecho del campesino, le detuvo allí con una sonrisa triste y, sentándose á su cabecera, le acarició con el rayo dulce y destructor de su pupila.

Era la Muerte.

El rápido menoscabo de sus fuerzas y la perturbacion de sus movimientos vitales dieron á conocer al moribundo el influjo que posee el agente dócil á los mandatos de la causa primera. Habia sido hasta entonces fuerte y de pronto se veía débil, tenia costumbre de luchar y ahora se doblegaba sin resistir; custodiaba en su pecho al sol y se dirigía hacia las tinieblas. No le amilanaba el misterio, no le acometía el terror y sin embargo era joven, era esposo, era padre.

Sus hijos iban á quedar en el mayor desvalimiento y ¡cuantas veces habrían de volver sin consuelo al regazo de la viuda, despues de haber ido, como el huerfano Astyanax, pobres, desnudos, vilipendiados por el niño altanero, agachada la cabeza, preñados de lágrimas los ojos, á buscar á los compañeros de su genitor y á tirarles de la capa, con la zozobra del hambre, con la suavidad del que teme, con la vergüenza del que pide!

Su mujer! *la mujer del trabajador!* sentada en el escalon de la iglesia misma, donde se llevó á cabo la ceremonia del casamiento ¿tendría quizá que tender la mano que él estrechó conmovido en el momento de las bendiciones nupciales y ahuecarla como la pila de la miseria ó á la manera de una hoja cóncava, para el escaso rocío de la caridad pública, pidiendo una limosna por amor de Dios y aguantando por amor á los pedazos de su alma el despego de quien ni la mira ni la escucha y hasta las asperezas del rico avariento que lee en sus lágrimas una acusacion y oye en su voz dolorida una sentencia?

El moribundo no lo ignoraba y apesar de su juventud y de su vigor, y apesar de que no quedaba recurso alguno á su familia y de que él lo sabía, se marchaba tranquilo. Parecia que su rostro era diáfano y transparentaba la luz de alguna antorcha divina, colocada allí dentro para su delectable incandescencia; su frente estaba tersa co-

mo una balsa de agua bendita; ardía su alma en la fé con el sosiego del cirio consagrado á la Madre de las misericordias y en su pupilase retrataba la confianza que tiene la naturaleza en la aurora de otro día, cuando la entristecen las sombras del anochecer; pero ¿sobre qué cimientos descansaba tanta fé, tanta quietud y tanta confianza? ¿En qué manantial de virtudes habia bebido el campesino? ¿Qué creencia religiosa era la suya? En qué templo se guardaba el fuego santo, cuyo dulce calor le confortaba en el lecho de la agonía?

¡Ó soberana eficacia de la religion verdadera!

Aquel hombre era un católico, es decir, un hijo predilecto de Jesús, un retoño del tallo mas frondoso que brotó el madero de la redencion y cuyas semillas germinando al caer, convertirán el mundo en una selva de amor, de paz y de ventura.

Yo, hoja tal vez seca de esos árboles fructíferos, doy gracias á la sávia que ha corrido por un tronco de diez y nueve siglos y no ha esquivado circular por mi pequeñez; doblo las rodillas bajo el movedido peristilo de lo presente y, vuelto hacia el ocaso del tiempo, saludo á las generaciones que se han ido pasando de una á otra el depósito de la verdad hasta ponerle en nuestras manos, canto el himno de su alabanza y me solazo místicamente al contemplar sus sacrificios y al admirar su fortaleza!

J. DE CARVAJAL-HUE

POR QUÉ CANTO.

No sé darme razón, por qué la mente en ansia de admirar mi pecho agita? mas sé que canto como el ave rauda corta del aire la region vacía.

Apenas mi infantil y rudo acento pudo elevarse en cántiga sencilla, se exhaló de mi pecho, cual se exhala de blanca nube, bienhechora brisa.

Al calor que en la mente germinaba el entusiasta corazon crecia, y en su sed de admirar, el claro cielo, y la estendida tierra, hallo mezquina.

Preguntad á las flores perfumadas,

¿por qué su aroma hácia el eterno envían?
Preguntad á las aves ¿por qué cantan en concertada y plácida armonía?

Preguntad á los vientos mugidores,
¿por qué con ronco son airados silvan?
¿Y por qué se alzan, con horrible estrago del mar inmenso, las soberbias iras?

El hombre tan pequeño y miserable cual la rastrera y afanosa hormiga, cuando la inspiracion su mente alumbra en el trono de Dios, la sien reclina.

Nada á su ingenio creador resiste, aplaca el mar sus imponentes iras, y gimiendo obediente, abre su seno al paso de la frágil navecilla.

El viento, el mar, la tierra, á su capricho, domina poderosa y atrevida la inteligencia de ese ser pequeño, cual la rastrera y afanosa hormiga.

Yo no sé la razon, por qué mi mente en ansia de admirar el pecho agita? mas sé que canto como el ave rauda del aire corta, la region vacía.

Por que cual ella en el materno nido no pudiera vivir siempre cautiva, mudo en la cárcel del mezquino pecho, mi corazon gigante, se ahogaria.

Francisca Carlota del Riego Pica.

Madrid.

À MARIA

BAJO SU ADVOCACION DE LOS DOLORES.

La fé no muere nunca en un corazon cristiano.

TERESA DE JESUS

Hijo ruin de la mundana escoria
mi humilde voz levanto,

y aunque mi débil canto
indigno sea de tu escelsa gloria,
la fé con que á mi amor, tu amor inspira,
en entusiasmo santo
mi fé y mi amor entonará mi lira.

Mas ab, que mi lengua es torpe y muda
y mundanal y ruda
para decir la fé que el alma siente;
si el audaz pensamiento
que gira y bulle en mi revuelta mente
pudiera ufano desplegar sus galas,
lanzára el vuelo á la región del viento
batiendo ansioso las fulgentes alas.

Sola y perdida y sin valor ni ciencia
va mi vida cruzando
el turbulento mar de la existencia,
cual frágil nave que al azar marchando
atrevida se lanza
en alas del destino,
sin hallar otro puerto ni camino
que el puerto de su amor y su esperanza.

El mar se altera y su espumoso seno
en son violento ruge
de fiero vendabal al ronco empuje;
de cenicientas nubes se oscurece
el cielo antes sereno,
el aire se enrarece,
¿do vá, Madre querida,
mi pobre nave por la mar perdida?

No hay otro faro que guiarla pueda
en el revuelto torbellino rudo
que tu amor y mi fé, sagrado escudo,
fuego divino en que se abrasa el alma,
y que hará que suceda
al furioso huracan, tranquila calma.

Fé que en mi pecho vivirás constante,
iris de paz, emblema de ventura,
luz siempre brillante
que alumbras mi camino,
que no ocultas jamás tu lumbre pura,
que ahuyentas de mi pecho la agonía,
fuego puro y divino
que enciendes con tu amor, oh Madre mia.

Si en la callada noche inquieto velo
y en mi revuelta mente
se agita solitaria
horrible idea de dolor y duelo,
el labio balbuciente
entona de su fé dulce plegaria,

y un suspiro de amor santo y ferviente
envuelto en brumas se remonta al cielo.

Madre del desgraciado,
ser de mi ser, consuelo de mi vida,
estrella protectora, espíritu sagrado,
iris glorioso de eternal bonanza,
dulce Virgen querida,
divina realidad de mi esperanza.

Peregrino y errante
cruzo esta vida, que angustiosa vivo,
con macilento paso,
cual astro fugitivo
que apenas luce su fulgor brillante,
tranquilo marcha á su eternal Ocaso.

F. RANDO Y BAZO.

Roma, 1859.

HUGO.

TRADICION TEUTÓNICA.

(CONTINUACION.)

II.

El caballero del tribunal secreto.

El castillo de Kieystut se presenta triste y sombrío. Las tierras que le rodean no tienen vegetacion. En sus paredes interiores no se ostentan ricas telas.

El gran salon del palacio, mas que salon parece una prision de estado.

El viento que se introduce por los ajustes de las ventanas, recorre con lúgubre ruido las vastas naves cuyas numerosas columnas sostienen aquellas enegrecidas bóvedas, y vidrieras de oscurísimos cristales, apenas dejan penetrar vagamente la luz del dia.

Estas troneras tan avaras de luz ahora, arrojaron en otros tiempos columnas de fuego y gritos de muerte, conservando indelebles las negras marcas de los combates.

El salon de que hablamos está alumbrado por

una lámpara cuya débil luz alcanza apenas á desvanecer las sombras que relegadas en los estrechos del salón, parecen inquietos fantasmas.

Apesar de la hora avanzada que marca el antiguo reloj del castillo, dos caballeros recién llegados velan en lugar de descansar.

Uno de ellos lleva coraza y casco de acero, blanca capa con la cruz Teutónica, al cuello una cruz de diamantes y al cinto una espada de dos filos.

Este jóven es Hugo, el Komtur de la orden Teutónica.

Su acompañante no calza espuelas de caballero, ni cubre su pecho con acerada coraza; viste simplemente de paje y está sentado con actitud melancólica. Los anillos de sus rizados cabellos se esparcen por su espalda; sus ojos negros están fijos en Hugo con una espresion particular, que demuestra cariño y temor.

—Hermosa mía — dijo este, — tranquilízate; nada hay que temer; entrégate al descanso que tan necesario es despues de tantas fatigas. Aquí estamos casi seguros; dentro de algunas horas estaremos fuera de todo peligro: ánimo, querida Blanca, tal vez Dios nos proteja, por que Dios tan solo acepta los sacrificios voluntarios, y tu encierro en el claustro era contra tu voluntad. Los primeros juramentos que pronunciastes fueron para perpetuar nuestra union; tus tutores, por miras que yo no quiero penetrar, te obligaron á tomar el velo, sean, pues, ellos los responsables ante Dios de un acto que nuestro corazon no ha podido dominar. Sin embargo, si bien es verdad que te obligaron á entrar en el monasterio, yo debí tentar para con ellos todos los medios de disuadirlos antes de llevar á efecto la evasion; hé aquí lo único que la conciencia me acusa, hé aquí por lo que temo algo terrible; pero no te asustes, Blanca mía, ahora estamos casi fuera de todo peligro, dentro de algunas horas nada habrá que temer.

—Nada!... exclamó ella con tono lastimero, y su voz fué ahogada por el ruido de pesadas espuelas que resonaban en el pavimento de la galería.

Abrióse la puerta lentamente y un caballero de estatura gigantesca se dirigió á donde ellos estaban. Llevaba baja la viciara y la pluma negra de su casco le daba un aspecto sombrío. Una vez ante los dos, se cruzó de brazos y quedó silencioso.

Blanca estremeciéndose se acercó involuntariamente á su amante.

Hugo levantóse y empuñando su espada.

—Quién eres tú? — preguntó al desconocido — eres hermano? Eres algun caballero de la santa fé? Qué buscas? Qué me traes?

—Tu muerte, Hugo.

Una nube de tristeza cubrió el rostro del Komtur.

—Mi muerte dices? — Te he visto alguna vez entre las arboledas de Bodelsehwing? ¿Vienes del cementerio de Sankirchen?

El encubierto dejó caer los brazos é inclinó dos veces la cabeza en señal de afirmacion.

En uno de los ángulos del salón se hallaba colocado un jarron con un florido rosál.

Hugo arrancó una rosa y la presentó al desconocido renovando sus preguntas.

El caballero, sin romper el silencio, tomó la rosa, la puso sobre su pecho y en seguida la llevó á los labios.

Un sudor frio cubrió el rostro de Hugo, una palidez mortal veló sus mejillas.

Queriendo apurar mas las pruebas para asegurarse de la terrible idea que cruzaba por su mente, preguntó aparentando serenidad:

—Dime, caballero, eres rico? á dónde están tus hermanos? cuál es tu familia?

—Una pieza de oro y tres medidas de vino son mis riquezas. La imágen de mis hermanos está esculpida en mi espada. En una mano llevo un ramo de rosas, en la otra un puñal teñido en sangre. Mi familia está en Westfalia, la tierra roja. Estás ya satisfecho, Hugo? me conoces ahora?

Hugo no podía sostenerse y para acabar de oír su sentencia tuvo que apoyarse.

«Escucha atentamente. Las palabras del decreto son cortas. Tú conoces tu crimen, y sabes que al crimen debe seguir la expiacion. Dentro de una hora habrás dejado de existir. Tu jóven paje volverá al monasterio de Mariemburgo. Allí fué donde esa infame disfrazada cometió el delito, allí es donde le espera la vergüenza y el castigo.»

Y el caballero sin decir una palabra mas, abandonó el salón con la misma tranquilidad que había entrado.

Blanca quedó inmóvil, sin voz y fijos los ojos en la puerta por donde acababa de desaparecer el fantasma.

De repente Hugo se levanta.

La palidez que cubria su rostro desaparece como por encanto, brillan sus ojos como los del tigre, ruge como la hiena y con voz hueca y atronadora esclama:

(Continuará).

A UN LORO.

EPITAFIO.

«Esta es la fria morada
de un *ilustrado* avechuelo,
que siempre charlando mucho,
jamás logró decir nada.

Se ocupó mucho en hablar;
mejor dicho, en repetir,
pues jamás pudo decir
lo que no pudo pensar.»

«Pero con tan dulce labio,
(dice labio, ¡qué desdoro!)
fué entre los hombres un loro
y entre los loros un sabio.»

MORALEJA.

Lectores, aunque no ignoro
que en general no conviene,
hay á quien de molde viene
el epitafio del loro.

J. C. B.

INSCRIPCION SEPULCRAL.

La inscripcion que á continuacion ponemos,
fué ballada en una iglesia de Alemania y des-
pues de haber dado mucho que pensar á los in-
teligentes, se descifró al fin su sentido.

LA CARIDAD publica hoy tan curioso enigma
y promete la solucion para el siguiente número.

O quid tua te
be bis bia abit
ra ra ra
es
et in
ram ram ram
i i
Mox eris quod ego nunc.

BELLA CONTESTACION.

Un palaciego perseguia con terquedad á una
linda aldeana florista de los jardines del Rey,
y viéndola cierto dia le declaró su mentido amor
ponderándole los goces de la vida palaciega com-
parativamente con los trabajos de la vida cam-
pestre.

Ella no perdió una sola palabra de cuantas pro-
nunció el seductor y luego le preguntó sonriendo:

—De entre todas las buenas cualidades que
me habeis concedido, cual es la que mas os en-
canta?

Tu virtud, hermosa, sin ella las demás cua-
lidades de nada sirven, nada valen.

—Pues si por ella me amais, retiraos, caba-
llero, vos no debeis querer que yo pierda preci-
samente aquello que mas quereis.

La Caridad celebra esta bella contesta-
cion que hizo caer al vicio en sus propias redes.

Solucion al enigma de nuestro número anterior.

El amante para responder se casó con la jóven.
Lo que ella pedia era un MARIDO.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cinteria, núm. 3.